

Guía 1

LOS SACRAMENTOS CRISTIANOS

LA SACRAMENTALIDAD

Toda realidad creada es como una transparencia de Dios, como una huella del Dios Creador y Misericordioso. Dios se hace presente a través de las cosas, los acontecimientos, las relaciones y de la historia. En cualquier realidad, en todo acontecer Dios puede ser hallado, contemplado. Dios es Bendición constante en la realidad de nuestras vidas.

Para el que vive el mundo de la fe cualquier realidad, todo acontecer es, o puede ser, **un sacramento**, es decir, una realidad visible que acerca al Dios que no vemos.

En toda **realidad sacramental** hay dos dimensiones: una la que, por naturaleza, siempre es humana o material, **algo que se "ve"**, que se entiende, como el agua, el pan, la sal, las manos, una comida, etc., y otra es el **"significado"**, lo que se transparenta, aquello que se percibe o se comprende con la fe.

Sacramento es, pues, el "empalme", el "encuentro" de lo visible y lo invisible, el punto de encuentro entre Dios y la persona humana. Para ello es preciso el agua, el abrazo, el pan, la mesa de familia, el gesto del perdón...

El cristiano con su fe es un místico que va de encuentro en encuentro con Dios. **Encontrarse con Dios, en las cosas y en la historia es sacramento.**

Toda la práctica cristiana no hará otra cosa sino revelar, expresar, relacionar esa presencia de Dios en todo lo creado como su origen y meta.

Podríamos afirmar con L. Boff que **"Sacramento es todo"**. En la medida en que la persona comienza a contemplarse a sí misma, a sus hermanos y al mundo que lo rodea a la luz de Dios, descubre todo como una señal y símbolo de lo trascendente. El sentido de lo que sucede a su alrededor esconde una chispa de la trascendencia divina.

La sacramentalidad se sustenta sobre una realidad profundamente humana: la necesidad que tenemos las personas en la vida de los símbolos. Las personas nos valemos de ciertos códigos, dinámicas y gestos, a partir de los cuales construimos nuestro encuentro y relación con la naturaleza, el entorno, con los otros y con Dios. Es en esta dimensión simbólica, vital, en donde hemos de situar los sacramentos cristianos.

Sacramentalidad y antropología, se implican y alcanzan su verdadera significación en cuanto se unen para que podamos comprender de una manera distinta realidades que superan, trascienden nuestro conocimiento.

El ser humano expresa la relación con lo trascendente a través de categorías religiosas, con símbolos significativos. Por eso nos valemos de objetos sagrados, de momentos sagrados y de lugares sagrados.

La sacramentalidad presente en toda la creación por ser obra de Dios alcanza para el creyente su dimensión plena y total en la persona de Jesús, el Señor. Él es el sacramento primordial de Dios. Es el "lugar de encuentro" entre Dios y el hombre. Es la realidad humana que "transluce" y "produce" de forma completa la presencia de Dios entre las personas. Toda persona que siga sus pasos, toda comunidad o grupo que quiera vivir como vivió Jesús será una realidad sacramental que transparente y haga presente a Dios en la historia.

La tarea de la Iglesia es prolongar en el tiempo y en el espacio, la presencia de Jesucristo, sus signos liberadores, signos que comunican sentido y finalidad. Toda la praxis cristiana será despertar el deseo de "ser como Jesús, el Señor", deseo y realidad que alcanza una densidad particular en la vivencia sacramental.

La Iglesia, sacramento de Cristo, **expresa, vive, celebra**, de manera visible, **su dimensión sacramental, el encuentro con Jesucristo**, en los siete sacramentos (bautismo, confirmación, penitencia, unción de los enfermos, matrimonio, ministerios para el cultivo de la fe y, especialmente, la eucaristía), pero no agota en ellos esta dimensión.

A través de los sacramentos **el Pueblo de Dios** vive, expresa y realiza, en forma simbólica, la realidad y objetivos del Reino de Dios, pero, **la sacramentalidad se puede vivir y celebrar en toda acción liberadora** cuando la descubrimos como realización del Dios en la historia, superando de esta manera el reduccionismo del templo como único lugar donde los creyentes viven la sacramentalidad y descubriendo la vida como espacio privilegiado para vivir la sacramentalidad

Los sacramentos cristianos no son realidades que se practican o se reciben, sino **algo que se vive, se celebra**. Son comunicación, y acogida; aceptación y compromiso; celebración, fiesta y vida... Hablar de sacramentos es hablar de encuentro, de expresión de fe, de celebración de vida.

En nuestra vida sacramental necesitamos recuperar:

- * la dimensión simbólica propia del ser humano
- * el encuentro personal con Jesús el Señor, el Resucitado, que por su Espíritu habita y trabaja en el hoy de la historia
- * la comunión y el sentido de Iglesia como Pueblo de Dios
- * la comprensión y autocomprensión de la complejidad humana a la luz de Jesucristo.

Desde esta perspectiva los sacramentos se transformarán en símbolos liberadores de una Iglesia que ha optado por los más necesitados y que favorece desde sus acciones una conexión entre el misterio pascual que celebra toda liturgia y el compromiso cristiano en la vida del pueblo.

Reflexionamos, compartimos y oramos

1. Realidades en mi vida personal, que como "la colilla" de Boff son "sacramento", encuentro, celebración, vida...
2. Realidades, acontecimientos, relaciones, espacios, símbolos... que en la vida cotidiana, puedo decir que son lugar de encuentro con Dios... (*"Encontrar a Dios en todas las cosas"*)
3. Los sacramentos son encuentro con Jesús, el Señor, como Pueblo de Dios celebración, vida, compromiso... ¿Cuál es mi experiencia personal en esta dimensión?

El sacramento de la colilla..." (Leonardo Boff)

En el fondo del cajón se esconde un pequeño tesoro: una cajita de cristal con una pequeña colilla; de picadura y de humo amarillento como las que se suelen fumar en el Sur de Brasil. Hasta aquí nada nuevo. Sin embargo, esa insignificante colilla tiene una historia única. Habla al corazón. Posee un valor evocador de infinita añoranza.

Fue el día 11 de agosto de 1965. Munich, en Alemania. Lo recuerdo muy bien: Allá afuera las casas aplaudían al sol vigoroso del verano europeo; flores multicolores explotaban en los parques y se asomaban sonrientes a las ventanas. Son las dos de la tarde. El cartero me trae la primera carta de la patria. Llega cargada de nostalgia abandonada por el camino recorrido. La abro ansiosamente. Escribieron todos los de casa; parece casi un periódico. Flota un misterio: "Estarás ya en Munich cuando leas estas líneas. Igual a todas las otras, esta carta es, sin embargo, diversa de las demás y te trae una hermosa noticia, una noticia que, contemplada desde el ángulo de la fe es en verdad motivo de alborozo. Dios exigió de nosotros, hace pocos días, un tributo de amor, de fe y de embargado agradecimiento. Descendió al seno de nuestra familia, nos miró uno a uno, y escogió para sí al más perfecto, al más santo, al más duro, al mejor de todos, el más próximo a él, nuestro querido papá. Dios no lo llevó de entre nosotros, sino que lo dejó todavía más entre nosotros. Dios no llevó a papá sólo para sí, sino que lo dejó aún más para nosotros. No arrancó a papá de la alegría de nuestras fiestas sino que lo plantó más a fondo en la memoria de todos nosotros. No lo hurtó de nuestra presencia, sino que lo hizo más presente. No lo llevó, lo dejó. Papá no partió, sino que llegó. Papá no se fue sino que vino para ser aún más padre, para hacerse presente ahora y siempre, aquí en Brasil con todos nosotros, contigo en Alemania, con Ruy y Clodovis en Lovaina y con Waldemar en Estados Unidos".

Y la carta proseguía con el testimonio de cada hermano, testimonio en el que la muerte, instaurada en el corazón de un hombre de 54 años, era celebrada como hermana y como la fiesta de la comunión que unía a la familia dispersa en tres países diversos. De la turbulencia de las lágrimas brotaba una serenidad profunda. La fe ilumina y exorciza el absurdo de la muerte...

Al día siguiente, en el sobre que me anunciaba la muerte, percibí una señal de vida del que nos había dado la vida en todos los sentidos, y que me había pasado desapercibido: una colilla amarillenta de un cigarrillo de picadura. Era el último que había fumado momentos antes de que un infarto de miocardio lo hubiera liberado definitivamente de esta cansada existencia. La intuición profundamente femenina y sacramental de una hermana, la movió a colocar esta colilla de cigarrillo en el sobre.

De ahora en adelante la colilla ya no es una colilla de cigarrillo. Es un sacramento. Está vivo y habla de la vida. Acompaña a la vida. Su color típico, su fuerte olor y lo quemado de su punta lo mantienen aún encendido en nuestra vida. Por eso es de valor inestimable. Pertenece al corazón de la vida y a la vida del corazón. Recuerda y hace presente la figura del padre, que ahora ya se convirtió, con el pasar de los años, en un arquetipo familiar y en un marco de referencia de los valores fundamentales de todos los hermanos. "De su boca oímos, de su vida aprendimos que quien no vive para servir no sirve para vivir". Es la advertencia que colocamos para todos nosotros en la lápida de su tumba [...].

El último cigarrillo se apagó junto con su vida mortal. Algo, sin embargo, sigue todavía encendido. Gracias al sacramento...

(Leonardo Boff: "Los sacramentos de la vida", Ed. Alcance)